

EL LENGUAJE DE JIMENEZ DE QUESADA *

Señor Director,
Señores académicos,
Señoras y señores:

PERMITIDME que omita las palabras convencionales con que suele dar comienzo toda oración académica de alguna importancia y que no os hable, por tanto, de la insuficiencia de mis méritos para ocupar un sillón que aprestigiaron varones de tanta nombradía como D. Santiago Pérez, D. Carlos Arturo Torres, D. Diego Mendoza Pérez y D. Daniel Arias Argáez. La sola enumeración de mis eximios antecesores me releva de todo comentario respecto a la insignificancia de quien ahora viene a sucederlos, y me coloca en la fácil situación de prometer tan sólo cumplir los deberes académicos, en la medida de mis capacidades, ya que no me es posible exhibir, como ellos, valiosas realizaciones en el campo de las letras.

De la sinceridad de esta promesa saben mis compañeros y maestros de la Academia, especialmente su actual Director, el R. P. Félix Restrepo, y los colegas del Instituto Caro y Cuervo, con quienes, ya va para tres lustros, he trabajado hombro a hombro en las gratas faenas de la inteligencia y quienes han visto mi anhelo de superación y han sabido brindarme, con su generosa amistad, el inapreciable galardón de sus consejos y su ejemplo. A ellos mi gratitud perenne en este día, en que un nuevo y extraordinario estímulo viene a robustecer mi fe en los ideales que nos fueron comunes y nos hicieron siempre solidarios en el fracaso y en el triunfo.

Se celebra hoy en el mundo de habla hispánica el tradicional "día del idioma", consagrado a conmemorar la muerte de D. Miguel

* Discurso pronunciado para tomar posesión de su silla como académico de número, en la sesión solemne de la Academia Colombiana celebrada en Bogotá el día 23 de abril de 1957.

de Cervantes, y es para mí una distinción muy honorífica el que se haya señalado precisamente esta fecha para mi recepción en la docta corporación, cuyo fin específico es rendir culto a la lengua del Príncipe de los Ingenios. Porque yo me he propuesto tratar aquí de algún aspecto especial de la obra de D. Gonzalo Jiménez de Quesada, y este nombre nos lleva a recordar la ficción de un colega académico, D. Germán Arciniegas, el cual afirma, con su ingeniosa manera de adaptar la historia a sus concepciones originales, que el personaje genialmente creado por Cervantes en su libro inmortal, era nada menos que un hijo de Quesada, habido por el conquistador cuando, a mediados del siglo xvi, viajó a España en busca del reconocimiento de sus derechos, el cual sirvió de "modelo vivo" al gran complutense para su célebre D. Quijote de la Mancha. A lo cual responde otro ameno escritor de esta Academia, D. Eduardo Caballero Calderón, que, en el camino de acomodar los hechos a nuestros sentimientos y gustos, sería preferible decir que Jiménez de Quesada era un hijo de D. Quijote, ya que él sí supo convertir en realidad el idealismo del manchego.

Pero dejemos a un lado estos sabrosos entretenimientos de los virtuosos de la pluma y vamos a demostrar, si es posible, con más fundadas razones, que la tradicional vocación hacia las letras que caracteriza a nuestra nación y la agudeza de que han hecho gala nuestros mejores ingenios, se hallan como en embrión y comienzan a delinearse con la figura del Mariscal y Licenciado, fundador de esta blasonada ciudad y conquistador de la planicie andina, quien encabeza con lujo las páginas de nuestra historia literaria. Afirmación hecha ya con agudeza por el maestro D. Antonio Gómez Restrepo, cuando observa que Quesada "imprimió de manera indeleble los rasgos típicos de su persona en la nación que fundó" ¹.

Efectivamente, si se recuerda el papel preponderante que desempeñó este personaje peninsular en el establecimiento de nuestras primeras instituciones y se acepta que al inicial impulso creador se debe en gran parte la fuerza vital con que una nación se desarrolla y fructifica, habrá de convenirse en que, por virtud de misteriosas fuerzas biológicas y psicológicas, la fuerte voluntad de D. Gonzalo imprime un sello característico a la nación por él fundada y su rico espíritu conforma y moldea el de sus conciudadanos, se arraiga y como que se prolonga hasta los mismos días presentes.

Hasta doce obras, con sus referencias precisas, pude enumerar en la *Bibliografía de Jiménez de Quesada* que preparé hace unos años, aparte de cartas, memoriales y declaraciones, debidos a la pluma del Licenciado. Pero esta abundante producción es un tesoro oculto y apenas sospechado. Casi toda ella desapareció en los trajines y andanzas de la conquista o por la incuria de gentes más ocupadas por las urgencias y menesteres de los negocios que por las especulaciones históricas o literarias. Cuán valiosas sean esas empresas de la inteligencia y cómo podrían complementar y aclarar las que realizó con su brazo el audaz Adelantado del Nuevo Reino de Granada, podemos

¹ Antonio GÓMEZ RESTREPO, *Historia de la literatura colombiana*, 2ª ed., Imprenta Nacional, Bogotá, 1945. Tomo I, pág. 16.

calcularlo por el conocimiento que ahora tenemos de un libro suyo, *El Antijovio*, documento maravilloso para conocer a fondo esa figura egregia de guerrero, estadista y letrado, y rica fuente que ofrece copioso material tanto al sociólogo como al hombre de armas, al filólogo lo mismo que al literato y al humanista, para estudiar lo que debe nuestra historia cultural al hombre de recia y múltiple personalidad, que signó a la futura patria con la cruz de su espada y la bautizó con el agua clara de su gracia diciente.

La importancia de este libro empezará a destacarse cuando nuestros hombres de estudio —y ojalá que sean precisamente los nuestros— investiguen con paciencia el proceso de su composición y se apliquen a escudriñar con método sus fuentes, propósitos, ambiente, lenguaje o recursos de expresión. Poco a poco se irán destacando en la obra de Quesada, ya su contundente dialéctica, ya su íntima y sincera religiosidad, ora su vena de humorista y polemista ingenioso, ora, en fin, su idealismo de caballero de la fama. Por mi parte sólo quiero aportar una modesta contribución a esta tarea, que habrá de realizarse con lentitud forzosa, mas con amor de hijos a quienes entusiasma la gloria del padre.

El Antijovio, o refutación de la obra de Paolo Giovio, o Jovio, fue escrito en el año de 1567, según afirmación del propio Quesada. Pero esta fecha ofrece al ilustrado historiador español D. Manuel Ballesteros Gaiibrois, muy serias dudas, que no llegan, sin embargo, a desvirtuar la afirmación del propio autor, quien dice en su prólogo Al lector: “tomé la pluma el día de los apóstoles San Pedro y San Pablo [29 de junio] y comencé este negocio y acabélo oy, día de San Andrés [30 de noviembre], lo uno y lo otro d'este año de sesenta y siete”².

El lugar de residencia que tenía el historiador cuando compuso su libro, fuera de saberse que pertenece al antiguo Nuevo Reino de Granada, no puede tan fácilmente establecerse; pero mientras no se demuestre lo contrario, debe presumirse que fue la misma ciudad de Bogotá o algún sitio de sus alrededores. En ningún caso Tunja, como por excusable desconocimiento de la geografía americana, piensa el mismo historiógrafo citado.

Cronológicamente la obra de Quesada pertenece al período de los grandes místicos, es decir, el que va aproximadamente de 1555 a 1585, pero estilísticamente hay que situarlo en las primeras décadas del siglo xvi. La prosa de Quesada no es la de Santa Teresa o Fray Luis de León, ni mucho menos la de los grandes maestros de las postrimerías del siglo, Lope o Cervantes; a nuestro conquistador hay que considerarlo como perteneciente al círculo de Fray Antonio de Guevara, de Juan de Valdés, de Garcilaso y de Boscán. En las obras de éstos se formó; de ellos bebió los ideales y maneras renacentistas; con ellos y con los primeros cronistas de Indias —el Padre Las Casas, Gómara, Cieza de León— aprendió a reaccionar contra las ficciones caballerescas en las que, como todos ellos también, se había entretenido allá por sus años mozos en las aulas granadinas. Lo mismo que todos

² Gonzalo JIMÉNEZ DE QUESADA, *El Antijovio*, ed. dirigida por Rafael Torres Quintero. Bogotá, 1952, pág. 12, fol. V r.

estos hombres cultos de los albores dorados de España, hubo de trajar con el Vocabulario y con el Arte de Nebrija y manosear los textos de Livio, Cicerón o Tácito o los poetas de la era augústea. No es esto tan sólo hacer suposiciones: muchos de estos maestros están citados de manera expresa o claramente aludidos en el texto de *El Antijovio*. Voy a señalaros varios de estos pasajes, bien significativos y muy importantes para conocer las fuentes en que bebió nuestro autor y cuáles eran los recuerdos que acudían a los puntos de su pluma cuando —ya veterano en letras y en armas— escribía su *Antijovio*.

A Boscán lo cita a propósito de Juliano de Médicis, diciendo: "Este es aquel Manífico Juliano, de quien se haze tanta mençión en el neçesario y gustoso libro d'El Cortesano"³. Los calificativos con que alude a la famosa obra de Castiglione, traducida por Boscán, no pueden ser más dicientes: necesario, porque no concebía que un hombre culto de su época dejase de leerlo; gustoso, porque justamente en sus páginas se condensa uno de los más típicos ideales de la vida social del Renacimiento: la cortesanía. Para el gusto de Quesada parecen escritos aquellos consejos del italiano: "que el cortesano se de con todo su corazón y pensamiento a amar y casi adorar, sobre toda otra humana cosa, al Príncipe a quien sirviere, y su voluntad y sus costumbres y sus artes todas las enderece al placer del"⁴. Palabras que casi parecen citadas de memoria por nuestro conquistador cuando dice: "Y no se me a de negar esta proposición: que después de lo de Dios, no ay cosa que más amemos, ni más estimemos que a nuestro príncipe"⁵.

De Garcilaso hace esta conmovida memoria: "yo querría que en estas cosas qu'el ovispo no entiende, que las dexase para otros y que supiese qué diferencia ay entre esfuerço y ostinación, y de dos maneras de obstinaciones que ay en la guerra, que se verán escritas en los Añales ya muchas veçes alegados, sobre la muerte del baleroso Garcilaso de la Vega, quando unos pocos de villanos quisieron resistir la subida de una / torre en la retirada de la guerra pasada de Francia, y mataron aquel cauallero mereçedor (si la ventura quisiera) de otra muerte, venida de otras más nobles y esforçadas manos"⁶.

Quien con tanta emoción se acuerda del arrogante héroe, caído en el servicio de su Emperador a los 33 años, ¿no se habría deleitado más de una vez con la dulzura de las *Eglogas*, las *Canciones* y las *Odas*, y no habría recitado los amorosos endecasílabos de aquel exquisito petrarquista, prototipo de los poetas castellanos?

Que leyó a Fray Antonio de Guevara, el célebre obispo de Mondoñedo cuyas obras tanta popularidad alcanzaron en su tiempo, lo afirma expresamente, si ya no lo víáramos en su estilo mismo, tan análogo en procedimientos al del predicador de Carlos V. A propósito de un motín de soldados españoles en Lombardía, dice que Jovio, "para exagerar más este negocio, finge (porque todo lo que quenta sea

³ *Op. cit.*, pág. 250, fol. 161 r.

⁴ Citado por R. MENÉNDEZ PIDAL en *La lengua de Cristóbal Colón*, 3ª ed., Espasa-Calpe, Madrid, 1947, pág. 59.

⁵ *Op. cit.*, pág. 397, fol. 274 v.

⁶ *Op. cit.*, págs. 439-40, fols. 203 v. y 304 r.

fengimiento) un cierto envaxador, y mételo en esta farsa con una plática dolorosa (...) trasladada virtualmente de un Marco Aurelio de romance (aunque era latino), que en aquel libro me acuerdo aver bisto otra plática semejante sobre el mismo argumento, de uno que se yntitulaba *El villano del Danubio*, eçeto qu'estotro no lo era de río sino de lago" ⁷.

Sobre el gracejo final, típico de Quesada, diremos algo adelante. Destaquemos ahora el hecho de que la "plática dolorosa" del villano del Danubio, diatriba velada contra el imperialismo español, como quiere Américo Castro en su importante estudio estilístico sobre Guevara ⁸, o simplemente condenación sincera de la Roma orgullosa, como le contradice Leo Spitzer ⁹, debió causar honda impresión en la mente y en los sentimientos de nuestro Quesada, cuando, a los cuarenta años de haberla leído, la recuerda aún con tan oportuna precisión.

Hay otro libro trascendental en la historia de la literatura de España e Italia, porque pinta la vida cortesana de la elegante sociedad italo-española de principios del siglo xvi, y porque es, según Menéndez y Pelayo, "una novela de clave, una pintura de la vida cortesana en Nápoles, una especie de crónica de salones y galanterías, en que los nombres propios están levemente disfrazados con seudónimos y anagramas" ¹⁰. Se llama *Cuestión de amor* de dos enamorados, y se publicó en Valencia en 1513. Su autor no se conoce. La alusión de Quesada a este libro es del mayor interés: "esta es —dice hablando de una hija de Juan Sforza— aquella Bona tan çelebrada (devaxo del nombre de Beliseña) en aquel libro bien sabido (y que en la moçedad luégo nos lo ponen delante) llamado *Quistiõn de Amor*, servida de aquel Flamiano, compañero de nuestro Vasco de Acuña, toledano, porque no le llamemos Basquirán, como el libro le llama" ¹¹. Benedetto Croce, en detallado ensayo sobre este tema ¹², logró descifrar el significado de muchos de estos nombres-claves que ahora corrobora el testimonio de Quesada, por lo que hace a Bona Sforza, reina de Polonia; pero resulta del mayor interés la identificación de Basquirán que nos ofrece Jiménez de Quesada en este pasaje y que no pudo ser hecha por Croce en su tiempo. El conquistador leyó la obra, sin duda, en una de las primeras ediciones, a juzgar por sus palabras "en la moçedad luego nos lo ponen delante"; pero la seguridad de sus juicios nos hace suponer que más de una vez se recreó con la lectura de esas fantasías y la descripción de aquellos juegos, trajes y alegorías galantes.

Los cronistas de Indias expresamente citados por quien tanto podía hablar a propósito de la conquista, son Gonzalo Fernández de

⁷ *Op. cit.*, págs. 410-11, fol. 284 v.

⁸ *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Tomo I, págs. 46-47.

⁹ *Ib.*, Tomo VI, págs. 1-4.

¹⁰ Citado por J. HURTADO y A. GONZÁLEZ PALENCIA en *Historia de la literatura española*, 6ª ed., Madrid, 1949, pág. 205.

¹¹ *Op. cit.*, pág. 491, fol. 343 v.

¹² *La question de amor*, Nápoles, 1894.

Oviedo, Pedro Cieza de León, Francisco de Gómara y Agustín de Zárate. "A ellos remito a los deseosos lectores de cosas de Yndias", dice Quesada, con singular menosprecio de sus propias escrituras sobre tema para él tan conocido¹³.

Los clásicos latinos le eran bien familiares por lo que se deduce de diversos pasajes. En su obra están aludidos Horacio, Ovidio y Terencio, mencionados Tácito, Tito Livio, Cicerón, César y Catón.

En el prólogo al lector, alude al venusino con tan precisas palabras como éstas: "y si dixo el otro auctor (con toda su eçelencia), escribiendo sobre esta propia materia del escrebir, que después de acabadas las obras se debrían d'estar durmiendo algunos años antes de publicallas, porque así frescas con el calor y ardor de la ynvención no se podían ber las faltas d'ellas hasta después de mucho tiempo, ¡qué hará una cosa que, no bien acabada ni aun, lo que más es, no trasladada, sino así en cueros rebuelta en su original, sale como / desbergonçada por hese mundo!"¹⁴. El consejo de Horacio a los Pisones dice que los manuscritos han de estar guardados nueve años antes de publicarlos y que podrá corregirse lo que no se ha dado a luz, pero que, en cambio, "nescit vox missa reverti", la palabra emitida ya no podrá echarse atrás¹⁵.

En la dedicatoria del libro a D. Luis Quijada, le dice: "Pues suplico muy encareçidamente a Vuestra Señoría vea eso que allá va a la barbaresca, que pues se trata acá con estos bárbaros, que de neçeçidad se nos a de pegar algo d'ellos; y lo mismo temió el otro poheta, con menos rrazón que yo, en su destierro"¹⁶. Frase en que claramente se refiere al nostálgico cantor de *Los Tristes*.

En el capítulo II, para reprobar las falsedades del Jovio, dice que "el mesmo tronco de la berdad lo chapoda y lo desgaja de tal manera, que queriendo escrebir unas Décadas de Tito Libio, bino a escrebir un Ovidio de *Metamorfoseos*"¹⁷. Estupendo juicio de quien había leído "en su original y latina lengua", lo mismo al Jovio que al elocuente rival de Herodoto y al fantasioso cantor de mitologías y leyendas.

Interminable me haría si fuera a citar todos los pasajes en que la erudición clásica del conquistador granadino se revela firme y segura como si acabara de salir de las aulas, mas sin hacerse cargante ni estorbosa, porque era en él un fondo de cultura humanística que daba a su estilo perfiles de claridad latina, muy a la manra de los maestros entre quienes lo he clasificado.

Y no digamos nada de las obras de historiadores de su tiempo que comenta, cita o refuta, con admirable conocimiento de causa, o de las alusiones a los textos sagrados con cuya autoridad frecuentemente se respalda. Los años de su juventud antes de la conquista hubieron de ser para D. Gonzalo de fecundo aprovechamiento en letras y resulta muy exacto el juicio que sobre él hizo Fray Pedro Simón en

¹³ *Op. cit.*, pág. 491, fol. 343 v.

¹⁴ *Op. cit.*, pág. 12, fol. V r. y V v.

¹⁵ HORACIO, *Arts poetica*, vv. 385-390.

¹⁶ *Op. cit.*, pág. 6, fol. [III r.].

¹⁷ *Op. cit.*, pág. 30, fol. 5 r.

estas frases: "no degeneraba de los demás hijos de su patria en letras y valentía, pues parece se juntaron en él Marte y Minerva, junta que raras veces se halla"

Sobre estas bases, podemos reafirmar ya el concepto anteriormente expresado: la prosa de Quesada en *El Antijovio* es la de los escritores de 1525, cuando la lengua hablada y la escrita tienden a buscar su máxima aproximación. Quesada escribe con la fluidez colorida del cortesano culto que sabe hablar. Del neologismo latinizante del siglo anterior le ha quedado muy poco; de los enrevesados retruécanos de principios del siglo, como los de Feliciano de Silva, le resta menos aún. Ahora predomina la claridad, pero una claridad adornada de artificios retóricos, que se halla lejos todavía de la sobriedad y elegancia de los grandes maestros de la prosa artística. Jiménez de Quesada no llega a los excesos de tautologías, paralelismos y antítesis de Guevara, pero los usa a menudo, como el autor del Marco Aurelio. Oigámoslo: "por fuerza avía de conponella [su historia] de lisonjas y halagos, con que çebar a los rreyes y a los otros potentados para salir con su yntento"¹⁸. "Como quiera qu'es notorio, savido y entendido y palpablemente visto"¹⁹. "Como se sabe y es notorio"²⁰. "El mesmo tronco de la berdad lo chapoda y lo desgaja"²¹. "Poniendo también epítetos y nonbres a los españoles, feos e ynjuriosos, las más vezes de las que se le ofreció ablar d'ellos. Y no solamente todo lo qu'está dicho, pero aun a la mesma nación española en general, llamándola bárbara, cruel, ynicua y sin piedad"²². "Y aun no bastó contar los aconteçimientos al contrario y a los bençedores muchas vezes hazelles bençidos, y a los acometedores acometidos, y a los heridos sanos, y a los muertos bibos"²³. "Los alla a todos llenos de bertudes y quando mucho un mal tan tenplado, que en él se muestra la destenplança del autor"²⁴. "Porque tanvién ay flores malas como buenas, y de malo como de buen olor. Y çiertamente los aconteçimientos de aquel hombre fueron en parte esforçados y en parte donosos y, en fin, él fue un hermoso cosario de tierra (hurtemos este nonbre a la mar) por no llamalle el que él en la tierra, haziendo lo que en ella hazía, merescía"²⁵.

Ha de tenerse en cuenta que hubo un anónimo corrector de la obra de Quesada, a cuyos oídos no sonaban bien las redundancias o las llanezas del conquistador, como que seguramente pertenecía a un período estilístico muy avanzado, el cual no puede prescindir de mudar o tachar las frases del manuscrito original que le parecían descuidadas. Así, "un pueblo en tan gran manera grandísimo" se convierte en "un pueblo tan grande"; "por falta de faltarme a mi noticia", en "por falta de noticia". Desaparecen frases como "tornando agora sobre el canto llano d'estos dos capitulos", "a bulto y a carga çerrada", "de punta en blanco", etc., y muchísimas repeticiones de palabras, puro material de

¹⁸ *Op. cit.*, pág. 29, fol. 4 v.

¹⁹ *Op. cit.*, pág. 57, fol. 16 r.

²⁰ *Op. cit.*, pág. 27, fol. 3 v.

²¹ *Op. cit.*, pág. 30, fol. 5 r.

²² *Op. cit.*, pág. 29, fol. 4 v.

²³ *Op. cit.*, pág. 29, fol. 4 r.

²⁴ *Op. cit.*, pág. 30, fol. 4 v.

²⁵ *Op. cit.*, pág. 148, fol. 53 v.

relleno o abuso de dichos familiares, sólo explicables en el lenguaje hablado, nunca tolerados por la pulidez de los escritores del siglo XVI.

La llaneza de estilo, que en el Mariscal es a veces rudeza, salta por todas partes. Pero hay algo dentro de esa manera de expresarse que es característica especial de Quesada, no imitada de fuente alguna, reveladora de su ingenio e interesantísima muestra de lo que al principio calificaba como rasgo típico que alcanzó a imprimirse en sus herederos granadinos. Me refiero al chiste irónico y agudo de doble sentido, al juego de palabras o equívoco, lejano antecedente del *calembour* bogotano, para usar un galicismo que me disculparán mis colegas académicos. ¡Humor y sal de Andalucía que se refinan en el popular grajeo de nuestros buenos humoristas!

Citemos unos casos: hablando de la animadversión (que él califica de envidia en el fondo) que todos los pueblos de la tierra tienen hacia España, llega a los portugueses y afirma que "para esto traen luego por memoria no sé qué batalla de *Aljubarrota*, que no lo está ahora sino tan sana en su memoria d'ellos, como quando más lo estubo"²⁶. La batalla de Aljubarrota, ganada por los portugueses el 14 de agosto de 1385 sobre los castellanos, alimenta en los descendientes de D. Juan I de Portugal el orgullo con que se permiten zaherir a los españoles. Pero Quesada donosamente se burla de ellos con el juego *aljuba-rotta*, *aljuba-sana*, haciendo el equívoco con la voz morisca que designaba una especie de gabán con mangas cortas y estrechas, de donde han salido nuestros modernos *chupa* y *jubón*.

En el pasaje que hace un momento cité, en que se habla de *El villano del Danubio*, dice que Pablo Jovio no es un villano de río, como el que Guevara fingió danubiano para condenar las violencias de los romanos, sino un villano de lago, ya que el obispo de Nocera había nacido en la villa de Como, situada a orillas del lago de su nombre.

Para explicar los motivos de su réplica a Jovio, dice que pues él se atrevió a llamar a España bárbara, cruel e inicua "y otras muchas cosas d'esta traça que, teniendo yo la que tengo, quizá de hombre de bien, estava obligado a bolber por mi patria"²⁷. Donde resalta el juego, traza, jaez, género de cosas, y traza, apariencia de una persona.

Tratando de un Almirante de Francia, dice que no bastaron sus vencimientos "para matalle la sed de Lombardia; y para matalla fue menester matar más de treçientos mill hombres, y con todo no se mató estotra que digo, sino hidrópico d'ello acabó la vida"²⁸. De un río dice que iba muy salido de madre "aunque no tanto como las Ystorias de Paulo Jobio suelen ir"²⁹; y al mencionar una escaramuza en que actuó un oficial de apellido Sampedro Corzo, afirma que él "lo fue aquel día en el huír y en el retirarse"³⁰.

A veces es tan consciente el juego que él mismo lo declara: "se abían de retirar primero los yufantes (que no ynfantes, sino *prin-*

²⁶ *Op. cit.*, pág. 24, fol. 2 v.

²⁷ *Op. cit.*, pág. 29, fol. 4 v.

²⁸ *Op. cit.*, pág. 93, fol. 36 v.

²⁹ *Op. cit.*, pág. 412, fol. 285 v.

³⁰ *Op. cit.*, pág. 530, fol. 399 v.

çipes los llamo yo aquel día, porque hagamos equíbocos estos dos bocablos)" ³¹.

Para la sátira mordaz usa de similitudes verbales, como ésta: "Pero también en la continuación d'este çerco de Milán le pareció a Paulo (y no en esto sino Saulo, perseguidor de christianos españoles) de dexar de poner las más principales cosas" ³².

Oigase esta sostenida burla al duque Francisco Sforza que conspiraba contra el Emperador en un acto de negra ingratitud: "Y estando el duque así quieto en su Milán, conspira en la conjuración de los príncipes ytalianos contra quien le abía hecho de un caullero sencillo (y aun cojo y tollido no sencillamente, y que no tenía pies para ganallo por sus manos), el mayor señor de toda Ytalia" ³³.

En los siguientes casos me parece advertir el origen del sentido americano de una expresión: "Enbió [el rey de Inglaterra] a desafiar al Emperador con propio rrey de armas en Burgos, y juntamente también el françés, haziéndose ambos compañeros contra el Carlos, por las causas coloradas que en sus carteles dixeron, y tan coloradas, que m'espanto yo cómo no les quedaron los rostros de la mesma manera de pura bergüença" ³⁴. Y en otra parte: "así como la muger se pone colorada, y aun el hombre, quando le dan en cara con algún yerro... así el françés se ba por el mesmo camino para el mesmo hefecto" ³⁵. *Colorado* ha significado en español, como se ve en la primera parte de la frase citada, "lo que tiene color" y, figuradamente, "lo que se funda en alguna apariencia de razón o justicia"; o sea, lo que el idioma ha trasformado en la locución "so color de". La reducción al color rojo o encamado, al ruborizarse, ha sido evolución semántica característica de América. Ponerse colorado, colorearse, por sonrojarse, son modismos tan de la entraña de nuestro lenguaje popular, que para nadie aquí resultan extraños. Así que bien puede verse en estas citas de nuestro andaluz conquistador cómo de la lejana colonia arrancan fórmulas expresivas que encajan luego naturalmente y sin bruscos saltos en nuestras más típicas hablas regionales.

En ocasiones el retruécano no pasa de simple juego fonético, basado en paronomasias oportunas: "Diré en este paso lo que pasa"; "no haze más de pasar por la posta y bien aposta"; "no se a de dexar de considerar quán apriesa corre por todas estas vitorias españolas, haziendo epitome d'ellas, aunque no pítima para poner sobre su corazón" ³⁶. *Pítima*, palabra de bastante uso en los clásicos, significa emplasto que se pone sobre el corazón. "No es hombre [el Jovio] a quien se le queda nada d'estas cosas en el tintero quando be la suya, sino qu'él pobre obispo vela pocas bezes, y como le falta esta vista, finge en su entendimiento cossas que no pasaron para escreuir las" ³⁷. "Aunque el negoçio no fue de mucho etecto fue de mucho defecto para aquella naçion" ³⁸, etc., etc.

³¹ *Op. cit.*, pág. 85, fol. 29 v.

³² *Op. cit.*, pág. 86, fol. 30 r.

³³ *Op. cit.*, pág. 112, fol. 41 r.

³⁴ *Op. cit.*, págs. 114-15, fol. 42 r.

³⁵ *Op. cit.*, pág. 22, fol. 1 v.

³⁶ *Op. cit.*, pág. 83, fol. 28 v.

³⁷ *Op. cit.*, pág. 454, fol. 315 r.

³⁸ *Op. cit.*, pág. 111, fol. 41 r.

Para las pullas sangrientas contra Jovio no se agota su ingenio: ya lo llama "serpiente italiana", por lo venenoso de su lengua; ora saca de Novo Como, la patria del obispo, el gentilicio burlesco de nuevo-cómico; o al hablar del huidizo personaje llamado Sampedro Corzo, que atrás mencioné, concluye que "a tan buen batallador como a San Pedro Corço, hera menester tan buen ystoriador para ello como Paulo Jovio"³⁹. "Ninguna de las causas que da, la da en el clavo, y oxalá la diera en la herradura"⁴⁰. En fin, los casos podrían acumularse sin tasa y veríamos siempre en el lenguaje del Mariscal el espíritu zumbón y risueño, el donaire, la ingeniosidad conceptual o puramente formal, sin degenerar en lo chabacano o lo grotesco. Que sea éste rasgo típico en nuestra vida literaria, díganlo Rodríguez Freile y el propio Castellanos, andaluz como Quesada, en la Colonia; Vergara, Marroquín, Carrasquilla y el "Alacrán" Posada en la etapa del costumbrismo; Fallon y Jorge Pombo y Soto Borda, y tantos otros ingenios repentistas, epigramáticos, caricaturistas, que prolongan, en obras regocijantes, la vena risueña de quien, olvidándose a ratos de la gravedad humanística, nos introduce en las faenas literarias.

Mas esta visión de conjunto nos obliga a mirar otros aspectos interesantes. A mi parecer, D. Gonzalo Jiménez de Quesada, cuya edad adulta y proecta transcurre en el continuo guerrear y en el trajín de los negocios públicos, los pleitos, las empresas químicas, no es el hombre de letras que reposadamente lee y medita, a quien la curiosidad intelectual instiga para nuevos aprendizajes o que se afana por estar a tono con las últimas novedades literarias. Don Gonzalo tiene, en los años del Antijovio, un buen caudal de conocimientos adquiridos en los libros, y otro, no menos considerable, sacado de su experiencia y trato con gentes innumerables. Su estancia en las breñas andinas, tan lejanas entonces de la madre España, no le ha permitido seguir empapándose del ambiente cortesano y pulido que conoció en su primera juventud y años más tarde, cuando regresó a Europa después de su portentoso descubrimiento, cargado de esmeraldas y de gloria. Por eso su lenguaje de ahora no es el de última moda, mas tampoco es el obsoleto y arcaico de los rústicos. Él se halla como entre dos aguas: por una parte imbuido de las normas renacentistas, sirviéndolas con consciente conocimiento, y por otra desconocedor de ideas y de costumbres que en su patria evolucionan rápidamente; mientras él aquí sueña con las tierras del Dorado, defendiendo sus flacas encomiendas o pone paz entre los rencillosos vecinos.

"La norma lingüística de Garcilaso —escribe Menéndez Pidal— consiste en emplear términos 'no nuevos ni desusados de la gente', pero a la vez 'muy cortesanos y muy admitidos de los buenos oídos', es decir, naturalidad y selección"⁴¹. Juan de Valdés hablaba de "puncticos y primorcicos de lengua vulgar". Más tarde Santa Teresa exige "mirar en la manera del hablar, que vaya con simplicidad y llaneza y relisión; que lleve más estilo de ermitaños y gente retirada, que no

³⁹ *Op. cit.*, pág. 550, fol. 389 v.

⁴⁰ *Op. cit.*, pág. 607, fol. 435 v.

⁴¹ R. MENÉNDEZ PIDAL, *El lenguaje del siglo XVI*, en *La lengua de Cristóbal Colón*, Madrid, Espasa-Calpe, 1947, pág. 69.

ir tomando vocablos de novedades... que se usan en el mundo"⁴². La santa de Ávila es, así, quien llega a la más perfecta realización de la norma de escribir como se habla. Fray Luis de León asienta que "el hablar bien es negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen, y mira el sonido dellas, y aun cuenta a veces las letras, y las pesa y las mide y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura"⁴³. Pues bien; de estas nuevas teorías no puede nuestro Quesada estar impuesto, ni tiempo le ha quedado para ello, ni a su retiro sabanero pueden subir, cargadas con mamotretos, las recuas que hacen todavía el penosísimo viaje por la trocha que él, antes que nadie, abrió con su puñado de héroes inverosímiles. De suerte que su lengua no está a tono con la evolución española, ni en la fonética, ni en la morfología, ni en la sintaxis, ni en la orientación estética, ni mucho menos, claro está, en el léxico, que va tomando por tierras de América rumbos particulares.

Para la fecha de *El Antijovio* ya nadie aspiraba en España la *h* procedente de *f* latina; los sonidos de las fricativas *z*, *ç*, *s* y *ss*, *x* y *j*, se confundían y revolvían anárquicamente. En el Mariscal la confusión fonética parece ser todavía más intensa y la ortográfica llega a límites desconcertantes. El origen andaluz de nuestro conquistador se traduce todavía en su lenguaje, cuando la norma lingüística prevalente es la de Castilla la Vieja. Los grupos consonánticos *cc*, *ct*, *pt*, *gn*, vacilan entre el uso latinizante que Nebrija había reclamado, como en *perfecto*, *doctrina*, y el que exigía la corriente tradicional del español, como en *eieto*, *ecesión*, *retratar* (por *retractar*), *yntrudición* (por *introducción*), etc.

La fonética de los nombres propios en Quesada merecería un estudio aparte, porque muestra, de modo especial, la concepción nacionalista y el sentido misional de la lengua de quien sentía como nadie los ideales de cristianización y de gloria que, mezclados con la ansiedad de riqueza, movieron a los hombres de la conquista. El fundador de Bogotá conscientemente los nombres de lenguas extranjeras a ser articulados con sonidos propios del español. Así, la ciudad gala de Amboise se convierte en *Ambuesa*; el caballero francés *Boisy*, es en su boca *Bóysi* o *Búysi*; el humanista Guillaume Budé, será *Guillermo Budeo*; los lugares y los nombres tudescos se acomodan de *Nuremberg* a *Nuramberg*, de *Worms* a *Vormes* o de *Georg von Frundsberg* a *Jorge de Frondesperge* o *Franispergi*; el caballero *monsieur Lautrec*, es *musiur de Lutreque*; la región de la Provenza, es la *Prohencia*; la célebre duquesa d'Étampes, favorita de Francisco I, se vuelve *madama de Tampes*, y hasta la renombrada feria de *Lyon-sur-Rhône* se castellaniza como *León de su-la-Rona*.

Tiempos eran aquellos muy distintos a los de hoy. Entonces el sentido imperialista del idioma les daba a los hablantes una orgullosa seguridad para acomodarse a su fonética y a su escritura los nombres extraños que no sonaban bien a los oídos castellanos; hoy somos una resignada legión que acepta en esa materia imposiciones foráneas, y

⁴² Citado por MENÉNDEZ PIDAL, *Ibidem*, pág. 77.

⁴³ Citado por MENÉNDEZ PIDAL, *Ibidem*, pág. 81.

sufrimos alelados el complejo de lo extranjerizante; aquellos eran verdaderamente "amos de la lengua", mientras hoy somos esclavos del neologismo invasor, que no enriquece sino antes desfigura el genio de la lengua.

La morfología y el léxico de Quesada ofrecen también vasto campo para un estudio sistemático que no es del caso intentar en este corto espacio. Obsérvense, sin embargo, casos como el conquistastes, dejastes, salí, como segundas personas del plural, comunes hasta principios del siglo XVII, junto a cultismos de la primera mitad del XVI como *amplo*, *valentísimo*; la vulgar disimilación *escrebir*, que ya censuraba Valdés, y otras tan interesantes como *polular*, *privilegio*, *escrúpulo*, etc.; la preferencia por el sufijo *-esco*, en adjetivos como *borbonesco*, *carlesco*, *perpiñanesco*, *milanesco*; casos extraños como un *olando*, por *holandés*; vocablos cuya cronología no es fácil establecer, como *riguridad*, *certenidad*, y sentidos grandemente evolucionados de voces como *facilitar*, por *aminorar*, *barajar* por *contender* o *luchar*, *mudable* por *transportable* o *portátil*, *ynvasor* por *iniciador*, y muchos que sería largo citar.

Del mayor interés son las palabras cuyo sentido prevalece hasta hoy en el lenguaje americano, entre las cuales hallo, de paso, *apañar* por *coger*, *largar* por *soltar*, *adonde* por *donde*, y la expresión que ya cité de *ponerse colorado* por *ruborizarse*. Queda por investigar en qué momento estas voces y expresiones tomaron un sentido distinto del tradicional a este lado del Océano, o si la evolución semántica se inició o continuó en la misma metrópoli.

De la sintaxis sería prolijo hablar, y presiento que ya la fatiga de mi paciente auditorio no consiente que me alargue más tiempo. Voy a ceder, para concluir, la palabra a nuestro simpático y estupendo cronista, y voy a leer una página suya, que no es precisamente sobre el tema central de su disertación, pero que tiene para nosotros no sólo el encanto de su estilo llano, franco y personal, sino también la alusión más directa y extensa que en toda su obra conocida hace a la épica hazaña de su conquista. Véase de cuánto interés son sus juicios, propósitos y noticias personales en las palabras que siguen, en las que lo de menos es la censura de su fantaseador contrincante. Dicen así:

"Después de lo qual /gasta el Jobio los tres capítulos que quedan de aquel su libro, en alabar (y con grandísima rrazón, quan grande se puede encareçer) tres señalados barones, que fueron Blasco Núñez de Balboa, Adelantado de la Nueva Castilla, y Hernando Cortés, marqués del Balle, en la Nueva España, y Hernando Magallanes, descubridor del estrecho de su nonbre; y quenta asimesmo otras muchas cosas de las Yndias Ocidentales y Nuevo Mundo, que los españoles modernos poseen y an descubierto. Todo lo qual le fuera escusado al de Nochera, porque cosas tan grandes, tan ynportantes y tan sustanciales, y que parece umanamente que no ay otras mayores en la tierra que poder escrebir —hablo de las de acá del mundo—, no debiera de tomallas tan suçintamente como las tomó. Y en lo suçinto, no abía de yr tan confuso, y ya que (como amigo d'esto) quería confusión, no avía d'escrebir muchas cosas de las Yndias (en aquello poco qu'escribió d'ellas), al trebés de como pasaron. Y bastárale dezir /generalmente (ya que quiso tocar en esto), que en tal y en tal tiempo se descubrieron tal y tal probinçia, que heran abundantísimas de tal y tal cosa, y que las descubrieron y conquistaron tal y tal persona, capitanes

balerosos, y pasar adelante con ello y no deçender a más particularidades, porque fue dar con su Ystoria al trabés, en lo tocante a aquel moderno orbe. Las quales faltas, si quisiese agora enmendar (y poner la mano en ellas), hera haçer yo una muy grande a cosa que de suyo lo es tanto. Ystorias ay donde me puedo remitir, que son las de Gonçalo Hernández de Oviedo y Pedro Çieça de León, y la de los muy doctos Françisco de Gómara y Agustín de Zárate. A ellos remito a los deseosos letores de cosas de Yndias. Y con todo esto, aún espero que no a de negar Dios a este Nuevo Mundo lo que no a negado al biejo (aunque todo es un mundo debaxo de dos nombres), y que no an de faltar escritores que ynchan de popa a proa todo lo que conbiene en estas materias como los / que he nonbrado la yncheron en aquellas particulares cosas que tomaron a cargo d'escribir. De manera que las faltas del Jobio para tan grande cosa, súplalas otro, pues no se pueden suplir yendo yo por la posta caminando por su Ystoria. Y para sólo hesto, hera menester libro particular, y ya podrá ser, si la ventura me conçediere oportunidad o bida para ello, que también tome yo algún día a mis cuestras un pedaço d'este trauxo, porque todo tomallo uno, y escrebir de todas las Yndias ystoria general, como se a hecho por algunos, no puede haçerse, sino con muchas menguas, como lo diximos y dimos a entender en los Rratos de Suesca, en el quarto rrato, en el capítulo primero" 44.

He aquí la sencillez en su máximo distanciamiento de la afectación, del cultismo, del alambicamiento retórico. Las oraciones parentéticas son profusas porque las ideas se atropellan; la locuacidad andaluza desborda para dar al pensamiento claridad meridiana y las cláusulas se eslabonan en un suave encadenamiento melódico de puro sabor castizo, matizado de criollismo. Esta es la lengua viva, que brota como el agua del manantial, y sigue corriendo hasta nosotros fresca y clara todavía. Lengua que, enriquecida por cuatro siglos de historia, fragante y tierna, dura a veces como el hierro de los combates y pesada como las armaduras, pero siempre dúctil y maleable, seguirá perviviendo mientras en nuestros corazones alienten los ideales hispánicos y corra por nuestras venas sangre virgen de América.

RAFAEL TORRES QUINTERO.

Instituto Caro y Cuervo.
Bogotá.

⁴⁴ Op. cit., págs. 355-56, fols. 238 v. y 239 r.

